

CLEMEN. Su mal agua mi placer.
 ENRIQUE. Regalos deben de ser y joyas de la sangría.
 CRIAD. 1.º ¿Qué de perla y de diamante el nuevo esposo enviará?
 CRIAD. 2.º Es sabio y largo: si hará.
 CLEMEN. Aquí solo viene un guante.
 CRIAD. 1.º ¿Guante? Debe de pedir limosna.
 CRIAD. 2.º ¿Hay mejor sangría?
 ¿Costosas joyas envía!
 CLEMEN. ¿Qué es lo que querrá decir mi esposo en este presente?
 CRIAD. 1.º ¿Guante? ¡Donoso regalo! para parches no era malo, si tuviera llaga ó fuente su esposa.
 CLEMEN. No sin misterio viene.
 CRIAD. 1.º ¿Si es desafío?
 ENRIQUE. Señora, ese guante es mío.
 CLEMEN. ¿Vuestro guante á mí, Rogerio?
 ENRIQUE. El compañero está aquí: averigüaldo por él.
 CLEMEN. Quiero mirar el papel.
 ENRIQUE. Siempre este sabio habla así.
 CLEMEN. Desaciertos suyos son sentencias dignas de estima.
 ENRIQUE. Veamos el papel, prima.
 CLEMEN. Sólo contiene un renglón.
 CRIAD. 1.º Hasta en las letras también es avariento.
 CLEMEN. ¡Ay, de mí!
 ENRIQUE. Leed.
 CLEMEN. Dice el Duque aquí: «esto sólo os viene bien.»
 ¿Que este guante solamente me viene á mí bien! ¿Por qué? Si no es que sin seso esté.
 ¿qué es lo que por esto siente? ¿No habéis dicho que era vuestro?
 ENRIQUE. El mismo me le quitó.
 CLEMEN. Que os quiero bien sospeché; pues siendo tan sabio y diestro, ¿quién duda que habrá alcanzado lo que me habéis pretendido, y de celos combatido este guante me ha enviado para que se signifique la mano en él de su dueño?
 ENRIQUE. No fuera ese bien pequeño, si lo consiguiere Enrique.
 CLEMEN. Sospechas todo lo ven, y de vos celoso en vano, dice que en vez de la mano, me viene este guante bien. Bien puede de vos formar quejas su melancolía.
 ENRIQUE. Claro estaba, prima mía, que yo lo habla de pagar.

ESCENA XIV

DICHOS Y UN CRIADO.

CRIADO. Un accidente le ha dado á vuestro esposo, señora, mortal.

CLEMEN. Negad, Conde, agora que vos se lo habéis causado.
 ENRIQUE. Decis bien; culpádmelo á mí.
 CLEMEN. Conde, mi sospecha es clara, que el Duque no me dejara por otra, á no ser así.
 quitaosme, Enrique, delante. (Vase.)

ESCENA XV

DICHOS, MENOS CLEMENCIA.

ENRIQUE. ¿Qué es esto, cielo cruel?
 CRIADO 2.º Sacaos la sangre por él, regalaraos con un guante. (Vase.)

ESCENA XVI

ROGERIO.

No estoy bien acompañado; dejadme, cerrá esa puerta; pues mi esperanza es ya muerta, viva eterno mi cuidado.
 ¿Que por la posta han llegado las penas de mis sentidos! No basta, gustos perdidos, el grado en que Roma piensa dispensar, pues no dispensa amor en casos prohibidos.
 Diga el médico verdad, pues siendo sangre, es amor, será su grado mayor por la consaguinidad.
 Leonisa en mi voluntad como más propincua vive; es pastora, y no recibe mi estado, su suerte corta dispense amor, más ¿qué importa, si la razón lo prohíbe?
 ¿Los celos también no son en amor prohibidos grados? Pues si están averiguados ¿qué importa dispensación? ¿No es mayor jurisdicción la de amor y más precisa que esotras? Si; ¿pues qué prisa Roma ha dado á mi paciencia? Mi amor no quiere á Clemencia, ni mi nobleza á Leonisa.

ESCENA XVII

ROGERIO, LEONISA Y CARLÍN, Y UN GUARDA

LEONISA. (Pugnando por entrar.) He de entrar, aunque les pese.
 GUARDA. ¡Tente, villana!
 ROGERIO. ¿Qué es esto?
 LEONISA. Quien vive con tantas guardas, ó es cobarde, ó anda preso.
 ROGERIO. ¡Leonisa es! Dejaldá entrar.
 ¿Vos aquí! ¿A qué bueno?
 LEONISA. A procurar que lo estéis, que allá ya os juzgan por muerto.
 ROGERIO. ¿Muerto?
 LEONISA. Sí.
 ROGERIO. En vuestra memoria lo estaré.

LEONISA. ¡Pluguiera al cielo, y no usurpara mi llanto, Duque, los ojos al sueño!
 ROGERIO. Vendrás á ver á Filipo.
 LEONISA. Eso, sí, buscad, Rogerio, excusas á vuestras bodas, y grados á mis tormentos.
 (Siéntase Rogerio.)
 ROGERIO. Diréis que le aborrecéis: corales vi yo por trueco de eslabones, que, dorados, yugo son de vuestro cuello.
 LEONISA. También yo vi que os llamaba Bretaña sabio y discreto, sin merecer este nombre, quien preciándose de serlo, es tan fácil en creer.
 ROGERIO. ¿Los ojos cuándo mintieron?
 LEONISA. Cuando no los rige el alma, ni alumbrá el entendimiento.
 ROGERIO. ¿Pues engañáronse?
 LEONISA. Sí.
 ROGERIO. ¡Pluguiera á Dios! pero tengo testigos, yo en vuestro daño, fidedignos, fuera dellos.

ESCENA XVIII

DICHOS Y EL DUQUE.

DUQUE. Hijo ¿qué nuevo accidente es este, que en tanto extremo os tiene, que solo estáis? Más ¿qué villanos son estos?
 LEONISA. Yo, gran señor, soy Leonisa, hija de Lauso, el rentero de Pinardo, que me manda que venga á ver á Rogerio.
 CARLÍN. Y yo soy saludador, que cuando rabian los perros, á dos soplos...
 DUQUE. ¿Qué?
 CARLÍN. A dos soplos mato un candil y lo enciendo.
 DUQUE. Si destas simplicidades gustáis, hijo, entreteneos y aliviad melancolías.
 ROGERIO. Crieme, señor, con ellos.
 LEONISA. No hemos venido de balde.
 DUQUE. ¿Cómo?
 LEONISA. Curo en nueso pueblo de mal de hechizos y de ojo, y á la fe, que si no miento, que está Rogerio hechizado.
 DUQUE. ¿Qué dices?
 LEONISA. Allá sabemos mucho desto las mujeres.
 CARLÍN. Y los hombres mucho menos.
 LEONISA. Hechizos son, no hay que hablar.
 DUQUE. Bien puede ser.
 LEONISA. ¡Y qué cierto!
 DUQUE. ¿Elo va á decir verdades?
 LEONISA. Sí.
 DUQUE. Pues guarde secreto. Quiso allá Rogerio mucho, siendo sólo caballero, á una serrana algo bruja.

CARLÍN. Que chupa niños y viejos.
 LEONISA. Como ahora le ve Duque, y ha mudado con el tiempo la voluntad, pues se casa, hechizóle.
 DUQUE. Yo lo creo; que tristeza semejante no es natural, ni yo puedo creer que quien sabe tanto, si hechizos no me le han puesto como está, viéndose Duque, se entristezca; ¿es verdad esto?
 ROGERIO. Verdad es que á una serrana quise, más ya no la quiero.
 LEONISA. ¿Velo si doy en el punto? (¡Ah, mudable!) Pues yo vengo á curarle.
 CARLÍN. Y yo también.
 LEONISA. Calla, bestia.
 CARLÍN. Dime bestio, que soy macho y hembra no.
 DUQUE. ¿Sabréis vos?...
 LEONISA. Comisión tengo de la bruja para todo.
 DUQUE. Déjeme hablarle en secreto. Hay en todas las montañas destos extendidos reinos mil gentes destas perdidas, tributarias del infierno. Pues lo afirma esta mujer, su hechizo debe ser cierto, y no es mucho colegir de tal causa tal efecto. (Apart. el Duque)
 ROGERIO. Yo lo ví, no hay que excusarte.
 LEONISA. Firela hizo aqueise enredo por casarme con Filipo, y Carlín fué el instrumento.
 ROGERIO. Filipo mismo te culpa.
 LEONISA. ¿Pues qué amante, si no es necio, siendo parte apasionada, no mentará en su provecho?
 ROGERIO. ¿Su cadena recibiste?
 LEONISA. Por tuya, que este grosero en tu nombre me la dió.
 ROGERIO. ¡Carlín! ¿pues qué le iba en eso?
 LEONISA. Engañarme.
 ROGERIO. No, Leonisa; tus liviandades me han muerto.
 LEONISA. Yo he sido en firmeza, bronce; por testigo pongo al cielo.
 ROGERIO. Con Filipo has de casarte.
 LEONISA. Daréme muerte primero.
 ROGERIO. Tú le adoras.
 LEONISA. Mentís, Duque.
 CARLÍN. ¡Quedo, cuerpo de Dios, quedo!
 DUQUE. Apartaos, pastor, acá.
 CARLÍN. ¿Que me aparte? Por Dios, bueno: traeme por saludador Leonisa, y por sopladero.
 DUQUE. ¿Saludador?
 CARLÍN. ¿No lo ve? de soplón vivo; aunque creo que hay muchos ya deste oficio que acá llaman lisonjeros.
 ROGERIO. Yo te he querido, Leonisa, con el amor más perfecto de cuantos su deidad honran;

vi tu mudable sujeto;
démame, y ama á Filipo.

LEONISA. Nómbrame y dame tormento.
ROGERIO. Clemencia es ya esposa mía.
LEONISA. Si no la abrasan mis celos.
La palabra has de cumplirme.
ROGERIO. Soy ya Duque.
LEONISA. Y aun por eso.
ROGERIO. Llámame sabio.
LEONISA. No lo es
quien se muda á todos vientos.
Amas á Clemencia.

ROGERIO. No.
LEONISA. ¿Y quien se casa, es discreto,
con quien aborrece?

ROGERIO. Es fuerza
LEONISA. ¿Por qué?
ROGERIO. Mi padre obedezco.
LEONISA. ¿Dios no es más que el padre?

ROGERIO. Si.
LEONISA. ¿Amor no es Dios?
ROGERIO. Es Dios ciego.
LEONISA. ¿Tienesme amor?
ROGERIO. ¡Ay, ingrata!

LEONISA. Di verdad.
ROGERIO. Mucho te quiero.
LEONISA. ¿Y no me obedeces?
ROGERIO. No.

LEONISA. ¿Por qué?
ROGERIO. Mil estorbos veo.
LEONISA. ¿Y son?
ROGERIO. La dispensación.
LEONISA. No la aceptes.
ROGERIO. ¿Cómo puedo?...
LEONISA. Dame á mí la mano.
ROGERIO. ¿Cómo?
LEONISA. Siendo mi esposo.
ROGERIO. Eso temo.
LEONISA. No teme amor.
ROGERIO. Antes sí.

LEONISA. ¿Cuándo?
ROGERIO. Cuando tiene celos.
LEONISA. No los creas.
ROGERIO. Vilos yo.
LEONISA. ¿A eso vuelves?
ROGERIO. A eso vuelvo,
que eres fácil.

LEONISA. Mentis, Duque.
CARLÍN. ¡Quedo, cuerpo de Dios, quedo!

DUQUE. ¿Qué es lo que habéis colegido,
serrana, de nuestro enfermo?

LEONISA. Que está hechizado, señor.
CARLÍN. El alma á soplos le he vuelto.

ESCENA XIX

DICHOS Y FILIPO.

DUQUE. ¿Qué os parece, secretario?
Hechizado está Rogerio.
FILIPO. ¡Válgame Dios, qué desgracia!
¿No es esta Leonisa, cielos? (Ap.)
LEONISA. Señor, todo nuestro hechizo
consiste (verá si acierto)
en ponelle unos corales
que Filipo trae al cuello.
DUQUE. ¿En corales de Filipo?

LEONISA. Si, porque vienen en ellos,
según nos dijo la bruja,
estos hechizos envueltos.
DUQUE. ¿Tenéislos vos?
FILIPO. Si, señor.
DUQUE. ¿Quién os lo ha dado?
FILIPO. Hallélos.
LEONISA. Y consintió todo el mal
del Duque sólo en perdellos.
DUQUE. Daldos acá.
FILIPO. ¡Ay, prenda mía!
perdiéndoos, perderé el seso.
LEONISA. Si yo le amara, cruel,
no tuviera atrevimiento
para pedirle mi sarta.
ROGERIO. Por engañarme lo has hecho.
LEONISA. Póntelos.
ROGERIO. ¿Yo? ¡Cómo! Aparta,
que estos corales me han muerto.
LEONISA. (Al Duque.) ¿No ve como se resiste?
Mire su merced si es vero
lo que dice. Téngale.
DUQUE. Por mi bien te trujo el cielo. —
Hijo, en esto está tu vida.
ROGERIO. ¡Que os engañan!
DUQUE. Ten sosiego.
ROGERIO. ¿Corales que has dado, ingrata,
á otro, me pones?

LEONISA. Fueron
hallados, que dados no.
Mi bien, mi esposo, mi dueño,
crédito, ó muerte me da.
ROGERIO. En fin, ¿mis ojos mintieron?
LEONISA. Los ojos, mi Duque, no.
ROGERIO. ¿Pues quién?
LEONISA. El entendimiento.
ROGERIO. ¿Qué no me ofendiste?
LEONISA. Nunca.
ROGERIO. ¿Qué me quieres?
LEONISA. Sin ti muero.
ROGERIO. ¿Y á Filipo?
LEONISA. Si le nombras...
ROGERIO. ¿Qué harás?
LEONISA. Rasgaréme el pecho.
ROGERIO. Tu esposo soy.
LEONISA. Yo tu esclava.
DUQUE. ¿Cómo estáis?
ROGERIO. Mejor me siento.

ESCENA XX

DICHOS Y CLEMENCIA.

CLEMEN. ¿Es posible que hechizado
esté el Duque? Mas ¡ay, cielos!
¿No es esta la labradora,
nublado de mis contentos?
Prendan á estos dos villanos.
DUQUE. Sobrina, ¿qué hacéis?
CLEMEN. Prendelos.
DUQUE. ¿Por qué, si á curarle vienen?
CLEMEN. La hechicera que me ha muerto
y á mi esposo tiene así,
es ésta. Préndela presto.
FILIPO. Amor, ayudad mi causa,
y victoriosos saldremos.

Gran señor, esto es verdad:
yo sé que quiso á Rogerio
esta pastora infinito,
y intenta ahora de nuevo
hechizarle.

DUQUE. ¿Qué decis?
FILIPO. Este pastor, si á tormento
le ponen, dirá lo que es.
CARLÍN. ¡Helo aquí todo en el suelo!
DUQUE. Di lo que sabes.
CARLÍN. Señor,
la verdad es que yo vengo
por saludador de anillo,
que ni tal oficio tengo,
ni en viernes santo nací.
DUQUE. ¿Y quien es esta?
CARLÍN. Yo pienso
que es bruja que á chupar viene
Ducos desde nuestro pueblo.
CLEMEN. ¿Qué os parece, gran señor?
DUQUE. ¡Hay tal cosa! Quitad luego
á Rogerio esos corales,
que el hechizo vendrá en ellos,
y prendan aquestos dos.
ROGERIO. ¡Traidores! ¿estáis sin seso?
¡A mi Leonisa! ¡a mi esposa!
eso no.

CLEMEN. Gran señor, ¿veislo?
CARLÍN. Luego que soplón me ví,
adiviné el paradero.
¿Mas que me quemar por brujo?
¡Ay, Dios! á chamusco huelo.
(Echan mano á Leonisa y Carlín.)
ROGERIO. ¡Viven los cielos! villanos,
que si la esposa que quiero
más que á mí, no dejáis libre
que pierda al Duque el respeto.
Dadme una espada.
DUQUE. ¡Hay tal cosa!
Dejalde, que está sin seso.
Curarále la villana,
ó mataréla á tormentos. (Vanse.)

ESCENA XXI

ROGERIO Y ENRIQUE.

ENRIQUE. Señor, ¿qué alboroto es este?
ROGERIO. ¡Ay, Enrique, que me han preso
el alma, el gusto, la vida!
ENRIQUE. No hagáis, primo, esos extremos.
ROGERIO. No haré, si vos me ayudáis.
ENRIQUE. Yo moriré al lado vuestro.
ROGERIO. Pues venid, diréos el cómo,
que no interesáis vos menos. (Vanse.)

ESCENA XXII

EL DUQUE Y PINARDO.

DUQUE. Sí, Pinardo, hale hechizado
una pastora á quien quiso.
PINARDO. Quien os ha dado ese aviso,
os ha, señor, engañado;
porque esa pastora es
ocasión de mi venida,
y tan noble y bien nacida

como Clemencia. Después
que no os veo, se murió
el pastor á quien tenía
por padre y obedecía
Leonisa, el cual me dejó
aqueste papel cerrado,
mandando que se me diese
el día mismo que muriese.
Léile, y dél he sacado
que era un noble caballero,
que del gran Duque ofendido
de Borgoña, y persuadido
de vengarse, el medio fiero
que tomó, fué de dar muerte
á Leonisa en una quinta,
recién nacida, en quien pinta
el cielo su ilustre suerte.
Hallóla sola y tan bella,
que juzgandó por crueldad
el marchitar su beldad,
huyó á estos montes con ella;
que por vivir desterrado
de Borgoña y sin hacienda,
le pareció con tal prenda
quedar más rico y honrado.
Vino en traje de pastor,
nombréle por mi rentero,
hasta que al trance postrero
esto me escribió, señor.
Ved como será hechicera
quien de Clemencia es hermana.

DUQUE. Novela fuera esa vana,
Pinardo, si no supiera
la pérdida de una hija
que el Duque mi hermano tuvo,
por cuya ocasión estuvo
para morir. Regocija
mi tristeza aqueza nueva.
A sacarla de prisión
vamos, que si el afición
que melancólica prueba
de Rogerio la firmeza,
siendo su esposo este día,
tendrá su melancolía
fin, y premio su belleza.

PINARDO. Los pies, gran señor, os beso.
DUQUE. Clemencia perdonará,
que más, Pinardo, me va
el ver al Duque con seso.

ESCENA XXIII

EL DUQUE, PINARDO Y ROGERIO.

ROGERIO. Ya yo, señor, estoy bueno,
y mi tristeza pasada,
en contento convertida,
le debe á aquella serrana
esta cura milagrosa.
Que la suelten, señor, manda,
si no es que pagues servicios
con prisiones y amenazas.
DUQUE. ¡Extraña fuerza de amor
tiene la voluntad! Tanta,
que disimula contento,
solamente por librala).

Hijo, de veros ya bueno doy á los cielos mil gracias, y haré mercedes también á la pastora que os ama; mas habéis de ser esposo de Clemencia.

ROGERIO. Como el alma de la enfermedad del cuerpo defectos participaba no conocía la dicha que con la Duquesa gana; pero ya que la conoce, en su hermosura idolatra.

Duque. (A Pinardo.) Todo esto, Pinardo, finge porque la pastora salga libre y segura. ¡Oh, amor! asombros son tus hazañas. Llevad aquesta sortija á la prisión, y sacalda; pero haced que venga aquí.

PINARDO. Cosas he visto hoy extrañas.

(Vase Pinardo.)

ESCENA XXIV,

El Duque, Rogerio, Enrique y Filipo.

ENRIQUE. La Duquesa de Clarencia, que de Ingalaterra pasa á París, está en la corte.

Duque. ¿Qué decidis?

ENRIQUE. Esta mañana en el puerto más cercano tomó tierra; que es Bretaña, la provincia más propincua á Ingalaterra, de Francia. Viene huyendo de su Rey, en el favor confiada del nuestro, que es su pariente, y aunque poco acompañada, no quiere pasar sin veros.

Duque. Avisen luego á *Madama* Clemencia, y á recibilla vamos todos.

ENRIQUE. Ya está en casa.

ESCENA XXV

Dichos y Leonisa, á lo inglés, bizarra, y Carlín, á lo gracioso, también inglés.

LEONISA. (A Carlín.) No nos echéis á perder.

CARLÍN. *Bona guis toixton*. Palabras inglesas hablaré solas, y en lo demás chite y calla.

LEONISA. Deme los pies vuestra Alteza.

Duque. Gran Duquesa, no esperaba nuestra corte tanta dicha. ¡Cielos! ¿esta no es la cara de Leonisa, la pastora? Mas no; que en brevedad tanta, ¿cómo engañarme pudiera? Su rostro y talle retrata.

FILIPO. (¿No es mi Leonisa esta, cielos? Mas ¡ay, ojos! que os engañan mentirosas apariencias.)

ROGERIO. Primero que á Paris parta vuestra excelencia honre esta corte, que ya siente que se vaya.

LEONISA. Por serviros, gran señor, dilataré mi jornada.

FILIPO. (A Carlín.) Diga, señor caballero, ¿cómo se llama *madama* la duquesa?

CARLÍN. *Bona guis toixton*.

FILIPO. No entiendo palabra.

¿Tiene su asistencia en Londres?

¿Es doncella ó es casada?

CARLÍN. *Bona guis toixton*.

FILIPO. ¿Qué es esto?

¿Hay figura de más gracia?

¿Es caballero?

CARLÍN. *Monsiuero*.

FILIPO. Gracias á Dios que ya habla palabras inteligibles.

ESCENA XXVI

Dichos y Clemencia.

CLEMEN. Si el Duque está sano y paga mi voluntad en albricias, excede á mis esperanzas; señor.

Duque. Advertid, sobrina, que tenéis en vuestra casa la duquesa de Clarencia, para honrar nuestra Bretaña.

CLEMEN. Vueselencia... ¡Ay, Dios! ¿qué miro? ¿no es aquesta la serrana hechicera de mi esposo?

CARLÍN. ¿Mas que aquí mos desacatan?

ESCENA ULTIMA

Dichos y Pinardo.

PINARDO. No está en la prisión Leonisa.

Duque. ¿Cómo es eso?

PINARDO. También falta el rústico que traía.

CARLÍN. Temblando están mis lunadas.

CLEMEN. Esta es, Leonisa, señor, y este el villano, que engañan tu corte, si no la hechizan.

Duque. ¡Bárbaro! ¿Quién eres? Habla.

CARLÍN. *Bona guis toixton*.

CLEMEN. Matalde,

Duque. Sosegad, Clemencia; basta.

CLEMEN. Matalde.

CARLÍN. Bercebú lleve el *bonaguis* y las bragas.

Yo soy Carlín, señor Duque, y esta Leonisa, empanada inglesa, que sacó el Conde, porque Rogerio lo manda.

Duque. Conde Enrique ¿cómo es esto?

ENRIQUE. Rogerio ha sido la causa de que estén estos dos libres.

1 El original dice á todos: Hartzzenbusch lo corrigió como va arriba.

CLEMEN. Esta es Leonisa; matalda.

ROGERIO. Clemencia, seldo en las obras.

Duque. No será vuestra ira tanta, que gustéis de dar la muerte aquí á quien es vuestra hermana.

CLEMEN. ¿Quién es mi hermana?

Duque. Leonisa, la que ha sido tan llorada de vuestros padres, perdióse, y hoy el cielo os la restaura.

CLEMEN. ¡Ay, hermana de mis ojos! No hay para qué hacer probanzas: la sangre sin fuego hierve; reconocido te ha el alma. Dame esos brazos.

LEONISA. ¿Qué es esto?

PINARDO. No eres, Leonisa, villana; hija, si, del de Borgoña.

ROGERIO. ¡Ay, gloria de mi esperanza!

LEONISA. ¿Yo soy Duquesa, señores?

Duque. De Borgoña sois Infanta.

LEONISA. ¿Y esposa del Duque, quién?

Duque. Clemencia.

LEONISA. Pues no soy nada.

ROGERIO. Melancólico estaré toda mi vida, si pasan adelante los efectos por no remediar la causa.

Leonisa ha de ser mi dueño.

CLEMEN. Siendo Leonisa mi hermana, en albricias de su hallazgo, mi amor en ella traspasa su acción.

LEONISA. Las manos te beso.

ROGERIO. Sed, pues, hoy en todo franca: dad la vuestra al Conde Enrique.

CLEMEN. Cuando dispensare el Papa.

Duque. También será menester para los dos.

CARLÍN. ¡Altol vayan

por otra para Carlín,

que esta comedia se acaba

sin bodas. Tirso la ha escrito;

á quien la juzgase mala,

malos años le dé Dios,

y á quien buena, buenas Pascuas.